



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Del “regreso a la Naturaleza”, o los laberintos de la cultura.

Mtro. Israel Lazcarro
Centro INAH - Morelos

Como el apreciable lector podrá constatar, es común escuchar aquí y allá sobre las bondades en torno a “regresar” a la Naturaleza: desde los que gustamos disfrutar aromas, fauna y paisajes, hasta los que pretenden fundirse con ella en un abrazo cósmico, francamente místico. Sin embargo, la Madre Naturaleza o la Madre Tierra, en su misma enunciación, ya nos habla en sí de lo propiamente humano, lo que no puede ser sino cultural. La Madre es cultura. Aunque metafórico, el enunciado de la *Madre Naturaleza* nos enseña más sobre nosotros mismos que sobre el medio al cual se aplica. Como nos enseñó con admirable erudición el antropólogo Claude Lévi-Strauss hace poco más de medio siglo, “madre”, “hijo”, “cónyuge”, y muchos otros términos del parentesco, resultaron de una característica peculiar en los seres humanos, los *homo sapiens*: la prohibición del incesto. Como principio básico del orden social, la prohibición del incesto no es un evento cronológico, “primario” u “originario” que podamos ubicar en algún punto distante de la historia de la Humanidad, sino un principio lógico, estructurante, a partir del cual se generaron diversos órdenes sociales alrededor del mundo (estructuras como el parentesco), cuya función básica ha sido la regulación de la sexualidad. Como todos sabemos, los *homo sapiens* no pasamos por ciclos de celo ni existe el estro femenino, como muchos otros entes animales, para los cuales se activan los apetitos sexuales en determinados periodos del año y bajo determinadas circunstancias. La prohibición del incesto, al excluir a cierta categoría de mujeres del tráfico sexual, y proyectarlas hacia otros grupos afines, como observó Lévi-Strauss, permitiría no sólo la formación de complejas y diversas estructuras de parentesco, sino también la posibilidad de negociación y alianza con otros grupos sociales, afianzando lazos políticos estratégicos. Históricamente, la única forma de evitar las guerras sin perder territorios, fue estableciendo alianzas matrimoniales. Desde las tribus amazónicas guaraníes, hasta las grandes familias nobles de la Europa medieval, pasando por los grandes consorcios empresariales del México contemporáneo, el comercio sexual, la circulación de mujeres, ha sido pues el recurso estratégico que los grupos humanos hemos empleado en sustitución de la guerra. No hay pugna que un buen matrimonio no arregle. La prohibición del incesto que hizo posible regular la sexualidad de esta manera, sería pues, por decirlo así, la célula de la cultura.

No es casual que alrededor del mundo, numerosos grupos humanos opongán sus propios sistemas normativos, enfáticamente los que regulan la sexualidad, al aparente “desorden” de los entes animales que habitan más allá de sus fronteras, en los confines de la Naturaleza. Nace así la famosa oposición entre Naturaleza y Cultura.

Según esto, la regulación de la sexualidad, junto con la evolución del lenguaje articulado hablado, han sido los principales distintivos que los seres humanos nos hemos dado para distinguirnos del resto de los animales. En la medida en que todos los seres humanos poseemos lenguaje articulado, relaciones de parentesco (sexualidad regulada), y algunas otras características peculiares, tendremos que reconocer que el ser humano es un ser cultural. Y no tiene caso el viejo debate sobre qué características son atribuibles a la naturaleza y cuáles a la cultura (el debate en torno al lugar de los “instintos” en los seres humanos): más que comer por instinto, comemos por hambre los alimentos guisados que nos hemos preparado. Esa distinción entre lo natural instintivo (propio de la biología) y lo cultural transmitido,



Una Madre Naturaleza

en el caso de los seres humanos, no tiene cabida. Desde el momento mismo en que toda mujer requiere cierta ayuda especializada para parir (las parteras existen en todo el mundo), debido a la necesaria rotación de la cabeza del bebé para poder abrirse paso a través del hueso pélvico de la madre, nos indica que nuestra propia biología está forjada por nuestras tradiciones culturales. La posición erguida del *homo sapiens* (posición que obligó a los sujetos femeninos de nuestra especie a parir bebés prematuros, incapaces de sobrevivir por sí mismos sin la ayuda de la madre, durante los primeros años de vida) no sólo implicó el desarrollo de relaciones sociales en torno a la madre y su hijo, sino que también supuso el desarrollo de saberes transmitidos de generación en generación. Así podríamos seguir con múltiples ejemplos, desde los hábitos culinarios (donde ningún ser humano se limita a deglutir alimentos, sino que precisa prepararlos y transformarlos en función de un gusto históricamente desarrollado), hasta el vestido y las diversas formas de signar y cubrir al cuerpo (adornos, tatuajes, escarificaciones, cosméticos, etcétera), toda nuestra fisiología está determinada por hábitos culturales, de manera que lejos de oponer nuestra cultura a la Naturaleza, debiéramos advertir que la cultura es nuestra naturaleza.

Eso que llamamos “cultura”, que se trasmite, se desarrolla y se diversifica, es ciertamente un fenómeno de la naturaleza. Entendido esto, podríamos ir más allá: actualmente muchos biólogos nos advierten que entre los animales también hay prácticas que requieren de aprendizaje, que se transmiten de generación en generación, que se desarrollan y se diversifican (en menor medida a los saberes humanos), y que son fundamentales para la supervivencia de estas especies: un chimpancé, un buitre o un oseño arrojados al mundo sin la enseñanza de su madre, encontrarían difícil la supervivencia. Qué decir de los elefantes que se transmiten de generación en generación las rutas que llevan al agua y diversas experiencias individuales luego socializadas. ¿Acaso hablamos de “cultura” entre los animales? En lo personal, no veo por qué restringir el término a nuestra especie, toda vez que se trata de diferencias de grado, y no son diferencias absolutas.

De esta manera la distinción Cultura/Naturaleza nos obstruye, más de lo que nos enseña. En virtud de que todos los seres humanos están biológicamente forjados por su cultura, se echa por tierra la presunta posibilidad de “regresar” a la Naturaleza. Si no nos podemos desprender de nuestra cultura (con todo y que cambiemos de ideas y costumbres), es porque la cultura está en nuestra naturaleza. Ahora bien, paradójicamente la frase inversa también sería correcta: la naturaleza está en nuestra cultura.

¿Qué quiere decir esto?: que nuestra idea de *Naturaleza* sólo existe en nuestra cultura.

Nuestra idea de “naturaleza” ciertamente es uno de los grandes desarrollos históricos de Occidente: los romanos hablaban de *natura* para evocar aquel mundo en el



Naturaleza como paisaje



Cuando Naturaleza es antropomorfa

cual todos hemos nacido, que nos es nato, lo que nos es dado al nacer. La *natura* ciertamente gozaba de los atributos de una madre: la materia, sería precisamente eso, *mater*. No es de extrañar que *natura* como *materia*, se haya identificado con la *physis* de los antiguos griegos, origen de la física.

En la medida en que los filósofos antiguos fueron enfatizando el papel de la educación (la *mathesis*), la razón, la lengua y la lógica (el *lógos*) como atributos específicamente humanos (griegos en principio), sólo posibles en la esfera política (la *pólis*, la ciudad), se fue despojando a la Naturaleza de todo conocimiento. Frente a la Naturaleza, se fue oponiendo lo *humano*. Cuando las ciudades antiguas entraron en crisis, los filósofos estoicos devolvieron ese saber al cosmos, y atribuyeron sabiduría a la Naturaleza. Desde entonces, la Naturaleza ha sido objeto de debates e intervenciones que han oscilado entre el tenerla como el lugar propicio para todo desarrollo espiritual, hasta la cosificación materialista que se dirige a ella tan sólo como fuente de recursos ("materia prima"). En todo caso, tenemos que reconocer que la Naturaleza existe sobre todo en nuestra cabeza. Casi que la inventamos.

El "Estado de Naturaleza", tal como lo concibió el filósofo Thomas Hobbes en el siglo XVII (un estado de guerra permanente de todos contra todos), ciertamente es una ficción filosófica: el filósofo inglés recurría a una antigua mitología cristiana y grecolatina para fundamentar el supuesto peligro de un caos insoportable, sólo superable en la medida en que todos se sometieran al terror simbólico y aceptaran la autoridad de un centro de poder incuestionable, el Estado absolutista. De esta manera, los filósofos ilustrados (siguiendo los pasos de los teólogos medievales) legitimaban la aparición y despliegue de las fuerzas del Estado, en función del presunto caos en que viven "los salvajes americanos", que "aún" permanecen en "estado de Naturaleza". Naturaleza no sólo se seguiría oponiendo a "civilización" sino a "Estado" (tal era el objetivo de los filósofos del Estado). Para Hobbes, las relaciones matrimoniales no son suficientes para evitar la guerra: el hombre solo podrá contraer nupcias en la paz que garantiza el Estado.

Un siglo después, Jacques Rousseau por el contrario, argumentaba precisamente la conveniente necesidad de "regresar a la Naturaleza" y admiraba a esos pueblos



Salvajes americanos en la imaginación occidental

salvajes perdidos en las selvas americanas. En realidad, lo que el filósofo francés postulaba, el "regreso a la Naturaleza", no era nada nuevo pues constituía un viejo sueño grecolatino, fundamentalmente romano, que pretendía dejar atrás la corrupción y el ajetreo ciudadano de las antiguas ciudades romanas para refugiarse y retroalimentarse en los campos de la Madre Naturaleza. La vida urbana, pensaban algunos filósofos estoicos durante el Imperio Romano, alejaba a los seres humanos de sus verdaderos orígenes, los nublaban con pasiones insensatas, ignorancia, corrupción y estupidez, que sólo podrían revertirse en la medida en que cada hombre pudiera reencontrarse consigo y con el mundo, cuando se reconocieran como el humilde grano de arena que somos frente al vasto cosmos al que pertenecemos y de donde proviene toda sabiduría: la Naturaleza. El poeta romano Virgilio nos trasmite este paradisiaco retorno a la vida campestre, anti-urbana. En esta tónica bucólica, la "Naturaleza es sabia".

Ese mito del "regreso a la Naturaleza" no lo hemos abandonado. Está en la base de la idea de que ciertos grupos humanos, característicamente las poblaciones indígenas alrededor del mundo, están "más cerca de la Naturaleza", en estrecho y armónico vínculo con el cosmos. Se trata del mito del "Buen salvaje" que perfiló Rousseau, y que se siguió desarrollando hasta nuestros días (el pequeño hombrecillo ingenuo, un humilde servidor y guía del aventurero occidental, que puede ser desconfiado pero se le atrae con espejuelos, ignorante

pero generoso e incluso sabio). Sin embargo, por bondadosa que parezca esta idea para con las poblaciones indígenas tenidas por "sabias" al vivir presuntamente en "estrecho contacto" con la Naturaleza, sólo es el reverso cómplice del otro juicio para el cual estos mismos grupos humanos, dado que pasan su existencia en remotas aldeas perdidas en la selva, "viven como animales", por lo que no sólo son ignorantes, sino feroces y perversos, que viven "sin orden ni concierto", como decían algunos colonizadores españoles sobre las poblaciones indígenas americanas, que al carecer de Estado, dinero y vestido, a duras penas poseían lenguaje.

La Corona española logró afianzar el control territorial del lejano norte, llevando "indios sumisos", los buenos salvajes, a poblar (y a establecer relaciones de parentesco) con los "indios hostiles" chichimecas. Se trata de una dicotomía que sigue presente.

No es difícil recordar aquí las caricaturas de ese Otro "salvaje", a veces cruel, feroz y animalesco, en otras ocasiones ingenuo y bondadoso, actualizadas hoy en día por la fantástica obra literaria de ese gran mitólogo contemporáneo que fue J. R. Tolkien, en la figura de terribles orcos y bondadosos hobbits. El salvaje malvado y el buen salvaje, son las dos caras contrastantes de una misma moneda con la que se sigue valuando a la salvaje Naturaleza: espacio indómito y peligroso, que nos resiste y nos desafía; espacio armónico y protector, que nos enseña y nos eleva.

Ambas posibilidades subyacen a todo posible "regreso" a la Naturaleza, que son también los desdoblamientos propios de nuestra cotidiana vivencia del cuerpo: sensualidad contra espiritualidad, los efectos de la antigua visión dualista grecolatina y cristiana que opone al cuerpo con el alma. Uno, lugar de la Naturaleza, y el otro, de la cultura.

No obstante, anticipando los últimos hallazgos de los biólogos contemporáneos, existen pueblos donde las características humanas (parentesco, sexualidad regulada, lenguaje y todo género de prácticas que podríamos denominar "culturales", y que los antiguos griegos como Aristóteles, se quisieron reservar a sí mismos), también se atribuyen a los animales e incluso a las plantas: todo lo vivo, supone algún tipo de "cultura". Es el caso de algunos pueblos indígenas mexicanos para los cuales es posible hablar con ciertos animales e incluso con algunas semillas como el Maíz o el frijol a través de los sueños, para transmitir preocupaciones y



Los orcos el mal salvaje en la imaginación de Tolkien



Ewoks otro ejemplo del Buen salvaje según Star Wars

necesidades recíprocas, pese a las obvias diferencias corporales. En esta tónica, hasta los cerros pueden tener relaciones de parentesco (recordemos la popular tradición mitológica mexicana en torno a los grandes volcanes del Altiplano central mexicano, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl, el Citlaltépetl y La Malinche, envueltos en crudas batallas y disputas por sus mujeres). Lo social humano no se restringe a la biología antropomorfa.

Sin embargo, estos mismos pueblos indígenas mexicanos también hacen contrastes entre la sociabilidad humana y lo Otro antisocial. Es común encontrar que los seres del monte, el espacio no habitado donde prosperan todo tipo de animales y hierbas, es el peligroso espacio donde los hábitos sociales no tienen vigencia: zorros, coyotes, ardillas, tejones, venados, son animales característicos de un género de vida donde no hay sexualidad regulada, donde los alimentos no se preparan y carecen de lenguaje. De hecho, los seres humanos que por alguna razón acuden y viven en el monte, lejos de los pueblos humanos (casi como las antiguas *pólis* griegas), adquieren estas características de lo silvestre: es el monte el lugar de las trasgresiones sexuales (el adulterio y el incesto principalmente), donde la gente olvida a comer tortillas de maíz, e incluso donde olvidan el habla y se comunican a gruñidos. Es precisamente esta imagen del mundo antisocial la que se revive con cada Carnaval. No es un "regreso a la Naturaleza" sino un abandono de la sociabilidad humana. Mas el hecho de que el maíz y otros seres no-humanos, sean capaces de relaciones sociales, nos habla más de una determinación casi sociológica imperante en los pueblos indígenas mexicanos (dominada por fluctuaciones en las alianzas políticas implementadas), que de una oposición biológica entre cultura y naturaleza. Una planta doméstica como el maíz, es nada menos que la condición que hace posible la sociabilidad humana.

Más aún, en muchos pueblos indígenas alrededor del mundo, todo cazador sabe que debe "seducir" a su presa y establecer cierta relación de alianza para luego poder cazarla, anteponiendo así la preeminencia de las relaciones sociales sobre las diferencias somáticas entre especies animales. Antes de excluir el orden natural del orden cultural humano, son las relaciones sociales, incluso las relaciones de parentesco las que se extienden a fin de integrar todo aquello que parece ser ajeno. Recordémoslo: es preferible un matrimonio que la guerra.

La etnografía contemporánea nos muestra incluso que esta estrategia de alianza ritual (de parentesco, como puede ser el matrimonio o el padrinzago) con los entes del mundo Otro, puede llevar a conflictos con las relaciones sociales previamente existentes: esposas de cazadores, de chamanes, de guerreros, se ven afligidas por lo que esas alianzas conyugales puede llevar a convertir a sus esposos: enemigos ajenos a su propia familia. Las esposas de los chamanes siberianos, casados ritualmente con el tambor-reno mediante el cual se comunican con los espíritus animales (los renos de los cuales dependen los pueblos siberianos), padecen justificados celos toda vez que sus maridos están más tiempo con sus esposas renos, del mundo Otro, que con ellas.

Análogamente, las esposas de los guerreros y cazadores amazónicos temen que sus maridos se conviertan en peligrosos jaguares ajenos a su comunidad de origen.



Indígenas guaraníes

Quizá estos desplazamientos nos iluminen respecto a la proximidad entre el cazar y el casarse.

En el caso específico de los pueblos indígenas tupi-guaraníes, la oposición entre cultura y naturaleza no sólo es extraña sino completamente inoperante: los pueblos amazónicos extienden sorprendentemente a una multitud de entes vivos que pueblan las selvas, los hábitos de la sociabilidad humana. La prohibición del incesto, y el entramado de alianzas matrimoniales y de parentesco, tal como lo advirtió Lévi Strauss, pensando justamente en los pueblos indígenas americanos, nos indican que lo "humano" más que una definición biológica o incluso cultural, es una posición estructural. Tal como nos lo advierten las actuales investigaciones etnográficas, en particular el antropólogo Eduardo Viveiros, los jaguares, pecaríes, cocodrilos, anacondas y diversos animales, sólo presentan esa imagen en función de "un punto de vista" que está lejos de ser el único: estos entes, con su propio punto de vista, cazan y hacen la guerra, se casan y guardan relaciones de parentesco igual que el resto de los entes vivos. Todos los habitantes de la selva se ven a sí mismos como seres humanos antropomorfos, salvo que nos ven como jaguares o



Naturaleza como materia prima

pecaríes según seamos sus presas o los cacemos a ellos.

De ahí que resulte tan problemático definir lo humano, lo cultural y lo natural, en términos válidos para todos: tanto lo biológico como lo social, jamás constituirán una pauta definitiva plenamente satisfactoria. Quizá habrá quienes tengan por inaceptable extremo esta apertura de los indígenas amazónicos que extienden las cualidades humanas a todos los seres vivientes (una actitud característica del animismo, para el cual todo "regreso a la Naturaleza" carece de sentido), pero me temo que es preferible extender los atributos de la sociabilidad humana a todos los entes vivos, que regatear humanidad y cosificar (como vil materia prima) al Otro: más allá de la insostenible explotación de nuestro planeta, donde la Naturaleza ha sido trágicamente cosificada, el experimento nazi, que negó condición humana a los otros, nos enseña el terrible peligro que supone el extremo contrario, característico del naturalismo (materialista en el peor de sus sentidos) con el que actualmente nos relacionamos con el mundo.

Para leer más:

Claude Lévi Strauss - *Antropología estructural*. (1973).

Ian Tattersall - *Hacia el ser humano. La singularidad del hombre y la evolución* (1998).

Eduardo Viveiros - *From the Enemy's point of view* (1998).

Roger Bartra - *El mito del salvaje* (2010).

Pierre Clastres - "Arqueología de la violencia" en *Investigaciones en antropología política* (1981).



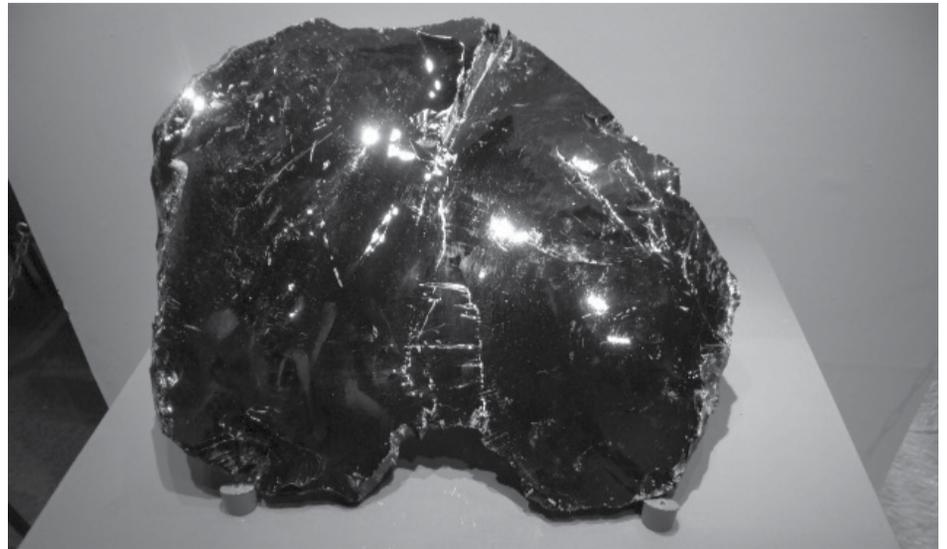
Naturaleza cosificada y explotada

Obsidiana

La pieza que este mes exhibe el Museo Regional Cuauhnáhuac – Palacio de Cortés, perteneciente a la colección de Armando Sandoval Martínez, es una obsidiana negra en dos partes.

La obsidiana, cuyo nombre se debe al romano Obsius (de quien se dice desde la Antigüedad que fue su descubridor), se utilizó desde la prehistoria por sus cualidades físicas. Desde el punto de vista mineralógico, es un vidrio: al no contener estructura cristalina alguna y por su alto contenido de sílice y aluminio, se genera cuando las lavas incandescentes que se encuentran a temperaturas cercanas a los 600°C o más, se enfrían rápidamente. Es dura, frágil, con un atrayente brillo y puede ser translúcida o transparente, pero la principal característica es su tipo de fractura concoidea aguda, recta y muy cortante, razón por la que en el México prehispánico fue de gran valor, ya que con ella se realizaba una amplia variedad de objetos utilitarios (navajas, cuchillas y flechas) así como ornamentales (collares, orejeras, bezotes, cetros, espejos, urnas y esculturas). Generalmente, la obsidiana es negra o gris, pero también las hay de colores, así como doradas y plateadas, especialmente valoradas en el México antiguo. Respecto a su utilización, se han encontrado en México vestigios de al menos 10 mil años a.C., por ejemplo en Cuicuilco (1400 a.C. – 300 d.C.) pero los hallazgos más importantes remiten a la gran ciudad de Teotihuacán (100 a.C. – 700 d.C.). Es en esta época cuando la explotación y la talla de la obsidiana se intensificaron y su transporte, comercio y distribución alcanzaron a gran parte de Mesoamérica. La explotación a gran escala continuó en la ciudad de Tula (950 – 1100 d.C.) y posteriormente por el Imperio azteca hasta la llegada de los españoles. Aún después de la Conquista, ante la escasez de instrumentos hechos con metales, se continuó utilizando la obsidiana para la explotación del maguey, en joyería y en otros ritos paganos. Esto consta en algunos registros de la Santa Inquisición en el s. XVI.

Los principales yacimientos prehispánicos se encontraban en Otumba (Estado de México), Sierra de las Navajas (Estado de Hidalgo), Pico de Orizaba (Estado de Veracruz), Zinapécuaro y Ucareo, en el estado de Michoacán.



Pieza de obsidiana (20 kg) proveniente de Magdalena, Jalisco. El tipo de fractura y su hermoso brillo son naturales. No fue pulida o intervenida en ninguna forma por el hombre.

Réplica de espejo prehispánico de obsidiana.



El Museo Regional Cuauhnáhuac – Palacio de Cortés,
presenta:

Dir. Mahamat-Saleh Haroun
Drama
Francia-Bélgica-Chad / 2010

UN HOMBRE QUE LLORA
(Un homme qui crie)

Jueves 17 de enero
19:00 hrs.
Entrada gratuita



Chad, en la actualidad. Adam, antiguo campeón de natación, ahora pasa de los sesenta años y es profesor en la piscina de un hotel de lujo en N'Djamena, trabajo que debe dejarle a su hijo cuando el hotel es adquirido por empresarios chinos. Sufre mucho con esta situación, que considera como una decadencia social. El país es presa de la guerra civil y los rebeldes armados amenazan el poder. El gobierno, como respuesta, recurre a la población para exigirles dinero o hijos en edad de combatir a los asaltantes. Adam es acosado constantemente por el jefe de Distrito para que entregue su contribución. Pero Adam no tiene dinero, lo único que tiene es a su hijo.

Palacio de Cortés

www.inah.gov.mx/centrosinah/morelos

palaciodecortes@inah.gov.mx

Tels.: 312 81 71 / 310 18 45 ext. 258103



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gov.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Israel Lazcarro Salgado**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores